1

DESAYUNO

6:00 a. m.

No muchos hombres abren sus ojos por la mañana sabiendo que es su último día en la tierra. «Hasta aquí llegué. Hoy es el día que moriré». Mirando hacia atrás, todo lo que sucedió ese día, y cómo terminó, todavía me sorprende.

Me desperté en la celda donde me habían detenido, esperando mi ejecución o, para ser más exacto, la tortura, la humillación y el descenso largo y lento hacia la muerte en una cruz. Sólo los romanos podían perpetuar tal barbaridad, y yo los odiaba con cada fibra de mi ser.

Trataré de narrarles una historia que comenzó en una casa común, nada del otro mundo. Mi padre vivió modestamente como constructor mientras mi madre, quien marcó el ritmo de nuestra familia, se entregó a criar sus hijos en el camino correcto.

Debido a que éramos judíos, la sinagoga era una parte habitual de nuestra vida familiar, como también lo era el viaje cada año al templo de Jerusalén. Mi madre, una mujer de fe extrema, se aseguraba de que estuviéramos bien instruidos en las enseñanzas de nuestros padres. "Dios es clemente y compasivo", decía ella, "lento para la ira y grande en amor".

Ella también nos enseñó los Diez Mandamientos, y con ellos una larga lista de reglas extraídas de las Escrituras, de los ra-

binos y de su propia fuente de sabiduría. Su mundo era sencillo: había un camino correcto para vivir y un camino malo. Si vivía de la manera correcta, todo terminaría bien. Si vivía en el camino equivocado, era mejor que tuviera cuidado. "Dios te está mirando", decía. "Él lo ve todo, y nunca se olvida. Él se acuerda de lo bueno y se acuerda de lo malo. Siempre cosechas lo que siembras".

Su libro favorito en las Escrituras era el libro de Proverbios. Todavía puedo oír su voz diciéndome: «El comienzo de la sabiduría es el temor del Señor». Entonces ella me preguntaba: "¿Temes *tú* a Dios?". Nunca se me ocurrió que pudiera haber otra opción. Como la mayoría de los niños, prácticamente aceptaba todo lo que mi madre me enseñaba acerca de Dios, hasta que llegué a mi adolescencia, y empecé a hacer preguntas respecto a Dios y la autoridad en general.

A la edad de trece años, se produjo un punto crucial e importante en mi vida, cuando vi de cerca la injusticia que se entretejía en la trama de nuestra vida como nación. Mi padre trabajaba muy duro para sostener nuestra familia, pero la imposición, de impuestos intolerables, por el ejército romano invasor hacía nuestro modesto estilo de vida aún más difícil de mantener. Ese día en particular, el recaudador de impuestos llamó a la puerta con su más reciente demanda infundada. Recuerdo la mirada de dolor e impotencia en el rostro de mi padre. Era como si le hubieran destrozado la espalda y aplastado su espíritu. Todos sabían que el sistema estaba plagado de corrupción, pero ¿qué se puede hacer cuando el poderío de un brutal ejército está detrás de ese pequeño y baboso recaudador de impuestos?

Ver el rostro de mi padre de esa manera me puso furioso. ¿Qué derecho tenían estos impostores de marchar en nuestra tierra y demandar nuestro dinero? ¿De cuándo acá les

debíamos a ellos? Todo esto era una injusticia, y aún siendo joven, eso me puso mal. Simplemente, no era justo.

Nuestra visita anual al templo en Jerusalén había sido siempre algo importante en la vida familiar. Piense en unas vacaciones con su familia extendida y tendrá una idea. Mi primera impresión del templo fue de asombro y estupefacción. El tamaño del edificio, la solidez de las murallas, el ruido de las multitudes y la actividad incesante en el templo, me dejaban sin aliento.

Sin embargo, a medida que pasaban los años, mis preguntas aumentaban. Los sacerdotes me ofrecían una dieta incesante de reglas y moralidad. 'Sabiduría para la vida', ellos lo llamaban. Pero, ¿qué estaban haciendo ellos sobre la injusticia flagrante, de la opresión siempre presente de Roma? que era evidente para todos? Nada, por lo que pude ver.

Poco a poco llegué a la conclusión de que el templo, los sacerdotes y toda la estructura moral eran sumamente irrelevantes ante los problemas reales de la vida de nuestro pueblo. Con el tiempo, el odio que sentía hacia Roma se manifestó en un creciente resentimiento hacia el templo, sus reglas y su Dios. Parecía que los sacerdotes y los profesionales religiosos estaban metidos en un absurdo juego, mientras todo el tiempo ignoraban los problemas sociales que debían abordarse realmente.

Veía cómo la gente depositaba el dinero en el tesoro del templo y pensaba acerca de cómo ese dinero podría utilizarse para financiar los pequeños grupos rebeldes que luchaban por la libertad y estaban dispuestos a arriesgar sus vidas en contra de la ocupación romana. Pero eso no sucedió. En cambio, el dinero depositado en las arcas del templo, era utilizado en el interminable mantenimiento de edificios y sacerdotes que, por lo que podía ver, tenían poco que ofrecer.

¡Reglas! ¡Moralidad! ¿A dónde todo eso nos estaba llevando? ¿Qué podría lograr todo eso? En algún lugar de estos pensamientos de ansiedad e ira, una rebelión nació en mi corazón.

Así que no se sorprenda cuando le digo que el templo fue el escenario de mi primer robo, a la edad de quince años. Yo había estado viendo cómo la gente depositaba su dinero en el arca y estaba sorprendido por el bajo nivel de seguridad. 'Sería tan fácil para mí', pensé, 'tomar el dinero del tesoro, así como lo era para ellos *poner* el dinero. Si los sacerdotes no iban a darle buen uso a ese dinero, tal vez yo lo *haría*'.

A medida que el pensamiento se concretaba, surgió una decisión. Mis palmas comenzaron a sudar mientras observaba y esperaba el momento adecuado. Luego, con el dinero en la mano, di un paso hacia la cuenca donde se depositaban las ofrendas, fingí dejar caer mis monedas, y en el mismo movimiento recogí un puñado de dinero.

Mientras salía, estaba seguro de que una gran mano me empujaría por el hombro y sería confrontado. Pero eso nunca sucedió. Yo había cometido el crimen perfecto, y por mucho que odiara admitirlo, se sentía bien.

Mi robo al tesoro plantó la semilla de un esquema mayor para un propósito más grande. Alguien tenía que hacer algo audaz, y eso se convirtió en la ambición de mi vida.

Cada vez que yo robaba, se me hacía más fácil. Tuve alijos mucho más grandes y mucho menos miedo a las consecuencias. Con el tiempo, me volví arrogante en mis crímenes y perezoso en mis esfuerzos por ocultarlos. Después de estar años robando, mintiendo y aprovechándome de otros, las consecuencias de mi estilo de vida, finalmente, me alcanzaron. La gran mano de la ley que había eludido durante tanto

tiempo se posó en mi hombro, y me llevó a la celda donde ahora narro el último día de mi vida.

Un fuerte golpe resonó en la puerta de la celda, mientras un guardia sin corazón entraba con una taza y un plato en la mano. "Desayuno", dijo, mientras escupía en mi comida. "Disfrute de su última comida".

La puerta se cerró y me quedé sentado solo, impotente, mirando la pared de mi miserable celda. Este fue el final de la línea para mí, y sentí como si el diablo se posara en mi hombro. Me esperaba un día de dolor insoportable, y sabrá Dios qué otras cosas más enfrentaría.

La rabia contra Roma me había energizado, y ahora estaba en las manos de la gente que odiaba. Me atreví a resistir su poder, y sabía que no me iban a mostrar misericordia. Harían un ejemplo de mí y usarían mi dolor para detener a cualquier alma valiente que pudiera considerar seguir mi ejemplo.

Mientras consideraba el día que se extendía frente a mí, decidí no mostrar ninguna debilidad. Los romanos podían destrozar mi cuerpo, pero nunca destruirían mi espíritu. Me determiné a morir de forma desafiante.